

VII.

LA ARTILLERÍA.

El presupuesto de artillería en Inglaterra durante el siglo xvii fué, comparativamente á los del ejército y armada, mucho menor que en nuestros tiempos, pues aun cuando había en la mayor parte de las guarniciones artilleros, y en los puntos de importancia uno que otro ingeniero, ni había regimientos de artillería, ni brigadas de zapadores y mineros, ni colegio donde pudieran aprender los soldados la parte científica de la guerra. La dificultad de mover las piezas de campaña era extraordinaria entonces por efecto de su pesadez y de la grosería de su rodaje; pero, no obstante, cuando algunos años después se trasladó Guillermo del Devonshire á Londres, los trenes y maquinas de artillería que llevó consigo, aun cuando ya eran usuales en el continente, y de una forma tal que ahora los tendrían por molestos y poco menos que inútiles en Wolwich, produjeron en los insulares admiración semejante á la que causaron á los indios de América los arcabuces castellanos. Y con ser el repuesto de pólvora de catorce á quince mil barriles, próximamente la duodécima parte de la cantidad que hoy se considera indispensable tener en almacén, se divulgaba con orgulloso alarde por ciertos escritores, más patriotas que discretos, porque lo reputaban ocasionado á imponer respeto á las naciones vecinas. El

total de gastos del arma de artillería era en aquel tiempo próximamente de setenta mil libras anuales (1).

VIII.

PENSIONES Y RETIROS MILITARES.

El total de los gastos efectivos de la marina, de la artillería y del ejército ascendía entonces á setecientas cincuenta mil libras. Las pensiones, que actualmente pesan tanto en los presupuestos generales, apenas si existían á la sazón, siendo muy escaso el número de oficiales de la armada retirados del servicio que recibieran pensión, pues en la nómina no figuraban tenientes ni capitanes que no hubieran mandado navíos de primera ó de segunda clase; y como Inglaterra no poseía sino diez y siete de primera y de segunda en condiciones de darse á la mar, y la mayor parte de sus comandantes desempeñaban en tierra cargos lucrativos, los gastos de este capítulo debían ser muy reducidos (2). Por lo que al ejército respecta, no se concedía el retiro sino temporalmente á muy escaso número de oficiales de dos regimientos,

(1) Chamberlayne, *State of England*, 1684. Actas de la Cámara de los Comunes, 1.º y 2.º de Marzo de 1688-89. En 1683 se acordó, después de un luminoso informe, que hubiera siempre ciento setenta mil barriles de pólvora en almacén; práctica que se observa escrupulosamente desde aquella fecha.

(2) Según rezan los archivos del Almirantazgo, parece que se reconoció derecho al retiro á los oficiales generales de Marina en 1668, y á los capitanes de navío de primera y segunda clase en 1674.

que se hallaban en situación especial (1). El hospital de Greenwich no se había fundado aún, ni estaba concluido el de Chelsea; pero los gastos de la institución los costeaba, en parte, un descuento que pesaba sobre el haber de los soldados, y en parte, también suscripciones particulares; pues el Rey ofreció solamente contribuir con la cantidad de veinte mil libras á los gastos de la edificación, y con cinco mil anuales al sostenimiento de los inválidos (2) internos; que no los admitía externos el plan proyectado. Por tal modo, las pensiones y retiros de los departamentos de Guerra y Marina sólo ascendían á diez mil libras al año, cantidad inferior á la que al presente se necesita cada día para este capítulo del presupuesto (3).

II.

GASTOS DEL GOBIERNO CIVIL.

Solamente ocurría la Corona entonces á los gastos civiles con una pequeña cantidad, pues la mayoría de los funcionarios encargados de administrar la justicia ó de conservar el orden prestaban gratuitamente sus servicios al público, ó estaban retribuidos de una manera que no imponía ninguna obligación

(1) Despacho fechado el 23 de marzo de 1678 en el archivo del Ministerio de la Guerra.

(2) Evelyn's *Diary*, 27 de enero de 1682. He visto una carta del sello privado, fechada el 17 de mayo de 1683, que confirma el testimonio de Evelyn.

(3) Conviene recordar que esto se escribía en 1848, pues con motivo de guerras posteriores á esa fecha, el capítulo de pensiones y retiros ha crecido de una manera considerable.—N. del T.

al presupuesto: los *Seriffs* (1), corregidores y concejales de las ciudades; los caballeros del campo, que desempeñaban los cargos de jueces de paz; los alcaldes de los lugares, los alguaciles y comisarios subalternos, nada costaban al Rey; y en cuanto á los tribunales ordinarios de justicia, cubrían con sus derechos y honorarios principalmente todas sus atenciones.

Por lo que hace á la representación diplomática en las potencias extranjeras, se hallaba establecida del modo más económico, pues el único agente diplomático que tuviera el título de embajador era el ministro que residía en Constantinopla, y aun así, la mayor parte de su haber lo pagaba la Compañía turca. No más que enviado era el agente de la Gran Bretaña en Versalles, careciendo de ministros en Suecia, Dinamarca y España. El total de gastos por el concepto expresado no pudo exceder mucho el último año que reinó Carlos II de veinte mil libras (2).

X.

INGRESOS ENORMES DE LOS CORTESANOS Y MINISTROS.

Antes merece ser censurada que no alabada esta economía de Carlos, el cual, así en el caso concreto que nos ocupa, como en todo lo demás, fué avaro en

(1) Véase en el Apéndice del tomo IV la palabra *Sheriff*.—N. del T.

(2) Jacobo II envió encargados de Negocios á España, Dinamarca y Suecia, y, sin embargo, bajo su reinado el total de los gastos diplomáticos apenas excedió de treinta mil libras al año. Véanse las actas de la Cámara de los Comunes del 20 de marzo 1688-89. Chamberlayne: *State of England*, 1681-1686.

ocasiones ó pródigo, según le pareció, pero siempre de una manera desacordada; como que los servicios públicos se retribuían mal para que resultaran economías con que saciar á los favoritos; resultando de aquí que mientras se reducían las cifras de gastos en los presupuestos de Marina y de Artillería, y se cercenaban las pensiones concedidas á los veteranos menesterosos, y se rebajaba la categoría de los representantes de Inglaterra en el exterior hasta un punto que parecerá extraordinario en nuestros días; los privados del Rey, sus ministros y sus adictos vivían en la mayor abundancia de lo superfluo, enriquecidos de las rentas públicas, disfrutando pensiones y sueldos cuya importancia sólo puede apreciarse debidamente comparándola con las rentas de la nobleza, de la clase media, de los comerciantes y de aquellos que ejercían profesiones liberales. En efecto, la más considerable á la sazón apenas excedía de veinte mil libras anuales: el Duque de Ormond, por ejemplo, tenía veintidos mil (1); el de Buckingham, antes de que sus extravagancias hubieran desmembrado las grandes propiedades que poseía, no contaba más de diez y nueve mil seiscientas al año (2); Jorge Monk, Duque de Albermarle, á quien recompensó la monarquía sus eminentes servicios con inmensas concesiones de tierras que formaban parte del patrimonio de la Corona, y cuya tacañería era notoria, dejó al morir quince mil libras de renta y un capital de sesenta mil, que producía probablemente siete por ciento (3): éstos eran á la sazón los súbditos más ricos del Rey, con el Arzo-

(1) Carte: *Life of Ormond*.

(2) Pepy's *Diary*, 14 de febrero de 1663-69.

(3) Véase el apuntamiento del pleito entre Bath y Montague, que fué fallado en diciembre de 1693 por el lord guarda-sellos, Somers.

bispo de Canterbury, cuyos ingresos no excedían mucho de cinco mil libras (1). Por lo demás, la renta de los Pares era, por término medio, según las personas bien informadas, de tres mil libras próximamente, la de los Baronets de novecientas, y la de un diputado á la Cámara de los Comunes de menos de ochocientas (2). El abogado que ganaba en su bufete mil libras, se creía el más venturoso de la clase, y en cuanto á los del tribunal del Banco del Rey, excepto los de la Corona, era muy difícil que llegasen á dos mil (3). Es por tanto evidente que un funcionario público habría debido considerarse bien remunerado entonces percibiendo la cuarta ó quinta parte de la cantidad que hoy se creería necesaria para retribuirlo de la manera debida, y sin embargo, los haberes de los altos empleados eran tan considerables á la sazón como en nuestra época, y á las veces más: el lord Tesorero, por ejemplo, recibía ocho mil libras al año, y los demás lores del departamento mil seiscientas cada uno; el Ordenador general de pagos del ejército percibía un derecho de tanto por libra en el movimiento de la caja, lo cual le producía cinco mil próximamente; el encargado del guardarropa tenía cinco mil; los comisarios de Aduanas mil doscientas, y los

(1) Durante tres trimestres, que comenzaron en la Navidad de 1639, percibió las rentas de la Silla de Canterbury un funcionario nombrado por la Corona. De los apuntes de este funcionario, que se conservan en el Museo Británico (Lansdowne, Mss. 885), se desprende que la renta total de los tres referidos trimestres no llegó á cuatro mil libras, y la diferencia entre la renta total y la renta líquida debía ser evidentemente muy considerable.

(2) King: *Natural and Political Conclusions*.—Davenant: *Balance of trade*.—Sir William Temple dice: «Las rentas de todos los individuos juntos de la Cámara de los Comunes han excedido muy pocas veces de cuatrocientas mil libras.» (*Memoirs*, Third part.)

(3) Langton's *Conversations with Chief Justice Hale*, 1672.

gentiles-hombres de cámara mil (1). Pero con ser considerables los sueldos reglamentarios, no constituían la parte principal de los beneficios que reportaban los funcionarios de aquel tiempo; porque, desde los magnates en cuyas manos estaba la vara blanca y el gran sello, hasta el más humilde aduanero y el más insignificante criado de la Casa real, todos se entregaban sin reparo alguno á prácticas viciosas, que calificaríamos en nuestros días de infame corrupción, pues así los títulos como los empleos, comisiones y gracias se vendían diariamente por los dispensadores de ello de igual modo que las mercancías por los comerciantes; ejemplo pernicioso que imitaban cuanto podían los empleados subalternos.

Pero si durante el siglo pasado no aumentó sus bienes de fortuna ningún primer Ministro, por más grande que fuera su importancia, y algunos hasta disiparon parte de su patrimonio para representar de una manera digna el cargo elevado que desempeñaban, el siglo anterior, por el contrario, podían los hombres de Estado fácilmente, cuando se hallaban á la cabeza de los negocios públicos, sin dar escándalo y en poco tiempo, reunir el caudal indispensable para llevar con decoro el título de duque, pudiendo asegurarse que los ingresos de un primer Ministro excedían con mucho á los de cualquiera otro súbdito. El oficio de lord Lugarteniente de Irlanda producía, según cálculos, cuarenta mil libras anuales (2), y las utilidades que reportaron el canciller Clarendon, Arlington, Lauderdale y Danby fueron enormes; lo cual se demuestra sólo con ver el palacio tan suntuoso, deno-

(1) Actas de la Cámara de los Comunes, 27 de abril de 1689.—Chamberlayne: *State of England*, 1684.

(2) Véase los *Viages* del Gran Duque Cosme.

minado por el populacho de Londres *Dunkirk House* (palacio de Dunquerque), los magníficos pabellones, los viveros, el parque de ciervos y el naranjal de Euston, el lujo más que italiano de Ham, sus estatuas, sus fuentes y sus pajareras, cosas todas que decían muy alto á los contemporáneos cuyo era el camino más corto que debía seguirse para conseguir en breve inmensas riquezas. Por ser ésta la recompensa de la rapacidad, se comprenden la violencia y la pasión y la falta completa de miramiento con que se disputaban el poder los hombres de Estado de la época, y la tenacidad con que se asian á él á pesar de las vejaciones, de las humillaciones, de los peligros y de las complacencias escandalosas que tenían para no dejarlo. Aun en nuestros días, y siendo tan formidable como lo es el influjo de la opinión pública, y por más alto que se halle el nivel de la moralidad, podría temerse un cambio deplorable y trascendental en el carácter de los hombres políticos, si los cargos de primer lord de la Tesorería ó de secretario de Estado estuviesen retribuidos con cien mil libras de haber. Mas, felizmente para Inglaterra, los emolumentos de los funcionarios de mayor categoría, no sólo no han aumentado en proporción del progreso general de las riquezas del país, sino que positivamente han disminuido.

XI.

ESTADO DE LA AGRICULTURA.

Podrá parecer extraño, y á primera vista enorme, que la cifra de los impuestos se haya elevado treinta veces por sobre la de aquel tiempo en un período que

no equivale al de dos largas existencias humanas; pero quien se alarme de este acrecentamiento de las cargas públicas podrá tranquilizarse teniendo en cuenta del propio modo el acrecentamiento de los recursos. En 1685 el valor de los productos del suelo era muy superior al de todos los demás de la industria humana, y no obstante se hallaba entonces la agricultura en un estado que consideraríamos al presente como imperfecto y grosero, llegando apenas la superficie laborable y de pastos, según cálculos de los peritos en estadística, á más de la mitad de la superficie del suelo (1), y constando el resto de matorrales, bosques y pantanos; cálculos que confirman de todo en todo los itinerarios y los mapas del siglo xvii. Y es evidente, de conformidad con estos itinerarios y cartas, que muchos caminos que ahora cruzan por entre verjeles, prados y campos de pan llevar, pasaban á la sazón por entre lagunas, zarzas y sotos (2), lo cual se advierte asimismo hasta en los paisajes ingleses que se dibujaron aquel tiempo de orden del gran Duque de Toscana, Cosme de Médicis, pues en todos ellos cuantas tierras se ven hoy día cultivadas aparecen tan desnudas de vegetación y tan estériles como el

(1) King: *Natural and Political conclusions*.—Davenant: *The balance of trade*.

(2) Véase el *Itinerarium Anglice*, 1675, por John Ogilby, cosmógrafo de S. M., el cual describe gran parte de las tierras situadas á los dos lados de los caminos como si fueran bosques, lagunas, matorrales y pantanos. En algunas de estas cartas los caminos que cruzan tierras cercadas se indican con líneas, y los que cruzan tierras sin cercar con puntos. La proporción de las tierras sin cercar, que si estaban en cultivo debía de ser pobremente, parece haber sido muy considerable, pues de Abingdon á Gloucester, por ejemplo, esto es, en una distancia de cuarenta ó cincuenta millas, no había una sola cerca, y apenas una entre Biggleswade y Lincoln.

llano de Salisbury (1). En Enfield, casi á las puertas de la capital, había un espacio de veinticinco millas de circunferencia con solo tres casas y alguna que otra heredad, y vagaban errantes los gamos á millares de igual modo que si estuvieran en los bosques americanos (2). Bien será decir que los animales feroces abundaban más entonces que no ahora; pero los últimos jabalíes que se conservaban para divertir al Monarca, dejando que destruyeran con sus defensas los sembrados, murieron á manos de la gente campestre durante los disturbios de la guerra civil, y el último lobo que se haya visto vagar por la isla sucumbió en Escocia poco antes de acabar el reinado de Carlos II. En cambio, los zorros, cuya vida se consideró en algunos condados de Inglaterra por tan sagrada como la del hombre, se reputaban en aquel tiempo azote del cielo. Recuérdase á este propósito que Oliver Saint John dijo cierto día en el Parlamento Largo que á Strafford debía tratarsele no como á ciervo ó liebre, animales que merecían algún miramiento, sino como á zorro de quien debían apoderarse por todos los medios imaginables para matarlo después sin piedad; imagen que hubiera sido de ningún efecto empleándola delante de los caballeros del campo de nuestra época, pero sí de mucho en la de Saint John, cuando se verificaban aquellas matanzas de zorros, á las cuales acudían en tropel los campesinos con cuantos perros habían á las manos, ganosos de acabarlos á todos y más principalmente á las hembras con cría. También abundaban los ciervos en el Gloucestershire y en el Hampshire, como ahora en los

(1) Existen numerosas copias de tan interesantes dibujos en la hermosa colección que legó al Museo Británico Mr. Grenville.

(2) Evelin's *Diary*, 2 de junio de 1675.

montes Grampianos, y es fama que en un viaje que hizo á Portsmouth la reina Ana, se vió un rebaño de más de quinientos. Asimismo solían tropezar los caminantes en algunos bosques del Sur con toros salvajes de melena blanca; y los tejones minaban los flancos de las colinas más abundantes en malezas; y se oían mayar los gatos monteses alrededor de las chozas de los guardas de Whittlebury y de Needwood; y aun se cazaba en Cranbourne-Chase la marta de vientre amarillo para utilizar su piel, que se consideraba casi tan superior como la negra; y se cebaban con peces de la costas de Norfolk bandos de águilas de marjal, cuyas alas medían, de punta á punta, nueve pies; y en todas las playas, desde la Mancha al Yorkshire vagaban enormes avutardas que cogían á las veces los cazadores con lebreles; y nubes de grullas poblaban el aire durante largos meses, hacia las lagunas del Lincolnshire y del Cambridgeshire; especies que los progresos de la agricultura han combatido de tal suerte, que mientras algunas ya no existen, otras se hallan tan mermadas y son tan raros los ejemplares de ellas que las gentes acuden á contemplar los que descubren cual si se tratara de tigres de Bengala ó de osos del polo (1).

En ninguna parte pueden descubrirse mejor y más claramente las huellas de este cambio extraordinario que en el libro de los Estatutos, donde se ve que el número de registros de acotamientos asciende á más de cuatro mil desde que Jorge II subió al Trono,

(1) Véase White: *Selborne*.—Bell: *History of the british quadrupeds*; *Gentleman's recreation*, 1686.—Aubrey: *Natural history of Wiltshire*, 1685.—Morton *History of Northamptonshire*, 1712.—Willoughby's *Ornithology*, por Ray, 1678.—Latham: *General Synopsis of birds*.—Sir Thomas Browne: *Account of birds found in Norfolk*.

y siendo la superficie de las tierras cercadas á virtud de estas licencias de más de diez mil millas en cuadro, y pudiendo conjeturarse el número de millas cuadradas que primero quedaron sin cultivo ó se cultivaron mal, y que durante el mismo período de tiempo estuvieron cercadas y perfectamente laboreadas por sus propietarios sin pedir autorización, no parece aventurado decir que la cuarta parte del suelo de Inglaterra pasó, en el trascurso de menos de un siglo, del estado inculto al de producción, por obra de la industria humana.

Aun en aquellas partes del reino que se hallaban en mejores condiciones de cultivo á fines del reinado de Carlos II, y á pesar de haberse mejorado mucho la explotación de la tierra después de la guerra civil, no debe decirse que indicara su estado lo que se llama progreso inteligente. Pero como hasta el día no han tenido á bien los Gobiernos de Inglaterra disponer las medidas necesarias á conseguir el evalúo exacto de los productos del terreno, se halla el historiador, cuando trata de estas materias, obligado á conformarse, contra su voluntad, con las noticias y antecedentes que suministran los autores que hacen autoridad en la materia. Partiendo, pues, de lo cual, podrá suponerse que, hoy por hoy, el término medio de las cosechas de trigo, centeno, cebada, avena y habas pasa de treinta millones de *quarters* (1), y, según los cálculos hechos en 1696 por Gregorio King, la cantidad total de las mismas semillas que se cosechaba en todo el Reino Unido no llegaba á diez millones de *quarters*, representando el trigo, que á la sazón sólo se cultivaba en las mejores tierras y del

(1) El *quarter* equivale á ocho fanegas de medida castellana.—N. del T.

cual no hacían uso sino las personas ricas, dos millones de esta medida. Carlos Davenant, político sagaz y bien informado, aunque rencoroso y falto de principios, si bien difiere de King en algunos puntos, conviene con él en las conclusiones generales (1).

Escasos é imperfectos eran los conocimientos agrícolas á la sazón, pues si bien sabían los labradores ingleses que algunas legumbres recientemente importadas del extranjero, tales como el nabo, proveían de buen alimento en invierno á los carneros y las vacas, aun no se habían acostumbrado á darles ese pasto, resultando de aquí que, por no ser fácil hacerlos vivir en invierno cuando está escasa la hierba, no bien comenzaba la estación de los fríos los mataban y salaban en cantidad considerable, y por tal modo, durante muchos meses, las mismas clases favorecidas de la fortuna carecían por completo de carne fresca, excepción hecha de caza y pesca, que constituían de consiguiente artículos de mayor importancia que no ahora. Vemos en el libro de gastos domésticos de la casa de Northumberland que bajo el reinado de Enrique VII las personas de calidad adscritas á la casa de un Grande no comían carne fresca sino durante el corto intervalo que media entre San Juan y San Miguel. Empero se verificó una mejora importante en doscientos años, cual fué la de que bajo Carlos II no hicieron ya las familias sus provisiones de carne salada, que se llamaba entonces carne de San Martín, sino á principios de diciembre (2).

Los carneros y vacas de aquel tiempo eran peque-

(1) King: *Natural and Political conclusions*, y Davenant: *The balance of trade*.

(2) Véanse los Almanagues de 1681 y 1685.

ños comparados con los de hoy (1). Los caballos indígenas, con ser buenos, estaban á bajo precio; como que se vendían á cincuenta chelines uno con otro, á causa de preferir el público los extranjeros, siendo los de raza española los más estimados, é importándose de la Península gran número de ellos por esta causa para las necesidades del lujo y de la guerra. Empero no los aplicaban al tiro de carruajes, pues para el arrastre de los pesados coches de la aristocracia era moda usar yeguas tordas flamencas, las cuales, al decir de las personas peritas, trotaban con cierta gracia propia de ellas y resistían mejor que cualesquiera otros animales de la misma raza y del país su penoso trabajo por las mal empedradas calles de Londres. Caballos de tiro, ni de carreras, no los había como los de ahora; pues no se trajeron hasta mucho después de los pantanos Walcheren los antepasados de los gigantescos cuadrúpedos que clasifican al presente los extranjeros entre las principales maravillas de Londres, ni tampoco habían llegado de Arabia los progenitores de *Childers* y de *Eclipse*. Sin embargo, ya mostraba la nobleza de Inglaterra y la *gentry* alguna pasión por el hipódromo; y comprendiendo la importancia que tendría mejorar las yeguas, infundiéndoles sangre nueva, trajeron gran número de caballos berberiscos; como que dos hombres de indiscutible autoridad en la materia, sir John Fenwick y el Duque de Newcastle, habían dicho que el peor rocín que se importase de Tánger produciría una generación muy superior á la que pudiera esperarse del mejor caballo de raza inglesa. ¡Cuán lejos estaban uno y otro de creer que llegarían tiempos en los cua-

(1) Véase á Mac Culloch: *Statistical Account of the British Empire*, parte III, cap. I, sec. 9.

les los Príncipes y los Grandes de las naciones vecinas mostrarían tanto afán por adquirir caballos ingleses, como los ingleses mostraban entonces por adquirirlos de Berbería! (1)

XII.

RIQUEZA MINERA DEL PAÍS.

Con ser muy considerable el acrecentamiento de los productos del suelo inglés en los reinos vegetal y animal, es corto comparado con el de la riqueza mineral. En 1685, el estaño de Cornuallia, que más de dos mil años antes fué parte á que los marinos de Tiro franquearan el paso de las columnas de Hércules en su busca, seguía siendo uno de los productos subterráneos más preciosos del país: algún tiempo después llegó á ser la cantidad extraída de las minas de mil seiscientas toneladas; hoy día (1848) es del triple (2). En cambio, los veneros de cobre que se hallan en la misma región estaban de tal modo abandonados bajo

(1) Véanse, como antes, King y Davenant.—El Duque de Newcastle: *On horsemanship. — Gentleman's Recreation*, 1686. Las yeguas tordas de Flandes se consideraban en tiempo de Pope, y mucho después todavía, como muestra de la riqueza de quien las poseía: pudiendo acaso suponerse que el adagio vulgar que dice: «La yegua torda es el mejor caballo» (*The grey mare is the better horse*), haya tenido su origen en la preferencia que se daba generalmente á las yeguas tordas de Flandes sobre los mejores caballos ingleses de tiro.

(2) Véase una interesante nota de Tonkin, en la edición publicada por lord De Dunstanville de la *Survey of Cornwall*, de Carew.

Carlos II que ningún propietario los tenía en cuenta para calcular el valor de sus propiedades; al presente (1) la parte de Cornuallia y de Gales dan cerca de un millón y quinientas mil toneladas al año, que valen millón y medio de libras, es decir, el duplo próximamente de lo que producían en igual período de tiempo todas las minas inglesas en el siglo XVII. La primera capa de sal gema se descubrió en el Chelshire poco después de la restauración; mas no parece que hubo de explotarse á la sazón de una manera conveniente, pues la que se sacaba de las salinas por medios groseros era poco estimada de los naturales del país; como que las calderas en las cuales se preparaba despedían un olor sulfuroso insoportable, y cuándo concluía la evaporación apenas si la sustancia que se obtenía era susceptible de combinarse provechosamente con los alimentos; atribuyéndose por los médicos las enfermedades pulmonares y escorbúticas, tan frecuentes entonces en Inglaterra, al uso de la insalubre fabricación de la sal. De aquí que las clases bien acomodadas hicieran poco empleo de ella, y que se importase generalmente de Francia una cantidad considerable para el consumo. Ahora, las fuentes y las minas de sal de Inglaterra, no sólo bastan al enorme gasto que se hace de esta sustancia en la Gran Bretaña, sino que proveen al extranjero con más de setecientos millones de libras al año, de inmejorable calidad (2).

(1) Borlase: *Natural history of Cornwall*, 1753. He tomado estas noticias respecto del rendimiento actual del cobre en los informes de las Cámaras. En 170 estimaba Davenant que los productos anuales de la riqueza minera de Inglaterra oscilaban entre 700 y 800.000 libras esterlinas.

(2) *Philosophical Transactions*, num. 53, noviembre de 1669; num. 66, diciembre 1670; num. 103, mayo 1674; num. 156, febrero 1683-84.

Progreso de más cuenta ciertamente que todos éstos ha sido el de las fundiciones de hierro. Porque si bien existieron de antiguo fraguas en Inglaterra, no llegaron á prosperar, ni el Gobierno, ni el país á mirar bien esta industria, debido á que, como aun no había comenzado á fundirse con carbón el mineral, el rápido consumo de la leña ponía en cuidado á los hombres políticos. Ya en tiempo de Isabel se formularon quejas, porque se talaban bosques enteros para el consumo de las fraguas, y el Parlamento intervino para prohibir á los herreros quemar madera de construcción; lo cual dió por resultado la decadencia de la industria, de tal modo, que cuando pasó de esta vida Carlos II mucha parte del hierro que se empleaba en Inglaterra iba del extranjero, y la cantidad que se fundía en el país anualmente no parece haber excedido de diez mil toneladas. En nuestros días se considera en decadencia el comercio del hierro, si la producción anual baja de un millón de toneladas (1).

Pero, aun nos queda por mencionar un mineral, acaso de mayor importancia que el hierro mismo, es á saber: el carbón de piedra, que si bien no estaba muy en uso á la sazón en las diversas manufacturas establecidas, era ya el combustible ordinario en ciertas comarcas que tenían la suerte de poseerlo en abundancia, y en la capital, que podía procurárselo fácilmente trayéndolo por el río. No es exagerado decir que la mitad del carbón que se extraía de las minas se gastaba en Londres, cuyo consumo parecía enorme á los escritores de la época, y se citaba por

(1) Yarranton: *England's Improvement by sea and land*, 1677.—Porter: *Progress of the nation*. Véase asimismo una relación histórica notablemente clara y sucinta de las fundiciones inglesas en la *Statistical Account of the British Empire*, por Mr. McCulloch.

ellos como prueba de la grandeza y de la importancia de la ciudad imperial, antojándoseles que parecería increíble á todos el número de *chaldrons* que importaba, y que no bajaría de doscientos ochenta mil anuales, ó sea trescientas cincuenta mil toneladas, que fué la cantidad que llegó por el Támesis á los muelles de la capital el año del fallecimiento de Carlos II. Hoy día quema la metrópoli cerca de tres millones y medio de toneladas, siendo el total del producto, conforme á los cálculos más exactos, no menor de treinta millones (1).

XII.

AUMENTO DE LA RENTA TERRITORIAL

A medida que iban realizándose todos estos cambios, iba también subiendo la renta de la tierra, como puede suponerse. En algunas partes decuplicó; en otras apenas llegó al duplo; pero es probable que por término medio haya cuadruplicado.

Y como la mayor parte de la renta que producía el terreno era para los llamados caballeros del campo (*the country gentlemen*), clase de individuos cuya posición y carácter es muy conveniente conocer, porque no pocas veces, en circunstancias muy graves por obra de sus pasiones y de su influencia decidieron de la suerte de la patria, voy á intentar hacerlo.

(1) Véase Chamberlayne, *State of England 1684-1687. Angliæ Metropolis*, 1691.—McCulloch: *Statistical Account of the British Empire* Parte III, cap. II, (ed. de 1847). La cantidad de carbón importada en Londres el año de 1845 fué, según los informes parlamentarios, de tres millones cuatrocientas sesenta mil toneladas.